

Una palabra aún, y termino. Desinteresándome del honor que había recibido, una vez premiado por la Academia, reformé y amplié mi discurso hasta el punto de convertirlo en otra muy diferente obra. Pero hoy día me he creído obligado á restablecerlo en su estado primitivo. Unicamente he intercalado algunas notas y hecho adiciones, fáciles de reconocer, y que la Academia tal vez no hubiera aprobado. Y estimo que la equidad, el respeto y el reconocimiento exigían de mí esta previa y franca declaración.

## DISCURSO

*Decipimur specie recti.*  
HORACIO, *De arte poética*, 25.

El restablecimiento de las ciencias y de las artes ¿ha contribuído á depurar ó á corromper las costumbres? Tal es lo que se trata de examinar. ¿Qué partido debo tomar en esta cuestión? El que conviene, señores, á un hombre honrado, que nada sabe, y que no por ello se estima menos.

Comprendo que es muy difícil apropiarse lo que voy á decir al tribunal ante el que comparezco. ¿Cómo atreverme á vituperar las ciencias en el seno de una de las más sabias sociedades de Europa, loar la ignorancia en una célebre Academia, y conciliar el desprecio al estudio con el respeto á los verdaderos sabios? He visto estas contrariedades, pero no me han arredrado. No maltrato la ciencia, y me limito á defender la virtud en presencia y compañía de los hombres virtuosos. Más cara que á los doctos la erudición es á los probos la honradez. ¿Qué he de temer, por tanto? ¿Las luces de la Asamblea que me escucha? Indudablemente, mas no por el sentir del orador, sino por la factura de la oración. Los soberanos equitativos jamás han vacilado en condenarse á sí mismos en las cuestiones dudosas, y la posición que

con más ventaja reclama el buen derecho es la de poder defenderse contra una parte íntegra y esclarecida, juez en su propia causa.

A este motivo que me envalentona, únese otro que me determina: es que después de haber sostenido, según mis luces naturales, el partido de la verdad, cualquiera que sea mi éxito, hay un premio que no puede faltarme y que encontraré siempre en el fondo de mi corazón.

## PRIMERA PARTE

Grande y hermoso espectáculo es ver al hombre salir en cierto modo de la nada por sus propios esfuerzos; disipar, por las luces de su razón, las tinieblas en que la naturaleza le había envuelto; elevarse por encima de sí mismo; lanzarse por el espíritu hasta las celestes regiones; recorrer á paso de gigante, como el sol, la vasta extensión del universo; y, lo que es todavía más colosal y más difícil, entrar en sí, para en sí estudiar al hombre en general y conocer su naturaleza, sus deberes y su fin. Todas estas maravillas se han renovado desde hace pocas generaciones.

Europa había vuelto á caer en la barbarie de las primeras edades. Los pueblos de esta parte del mundo, tan ilustrado hoy, vivían hace algunos siglos en un estado peor que la ignorancia. Yo no sé qué jerga científica, más despreciable aún que la ignorancia, había usurpado el nombre del saber y oponía á su retorno un obstáculo casi invencible. Se necesitaba una revolución para traer á los hombres al sentido común, y al fin llegó del lado de donde menos se esperaba: del estúpido musulmán, del eterno azote de las letras; él fué quien las hizo renacer entre nosotros. La caída del trono de Constantino llevó á Italia los residuos inte-

lectuales de la antigua Grecia. Francia se enriqueció á su vez con estos preciosos despojos. Bien pronto las ciencias siguieron á las letras, al arte de escribir se unió el arte de pensar (gradación que parece extraña y que acaso es demasiado natural), y se comenzó á sentir la principal ventaja del comercio de las musas: la de hacer á los hombres más sociables, inspirándoles el deseo de agradarse unos á otros por obras dignas de su mutua aprobación.

El espíritu, como el cuerpo, tiene sus necesidades. Las del cuerpo son el fundamento de la sociedad, las del espíritu son su adorno. Mientras que el Gobierno y las leyes proveen á la seguridad y al bienestar de los hombres reunidos, las ciencias, las letras y las artes, menos despóticas y más poderosas tal vez, extienden guirnaldas de flores sobre las cadenas de hierro de que los hombres están cargados, ahogan en ellos el sentimiento de la libertad original para la que parecen haber nacido, les hacen amar su esclavitud y forman lo que se llama pueblos cultos. La necesidad levantó los tronos, y las ciencias y las artes los han afirmado. Poderes de la tierra: amad á los talentos y protegéd á los que los cultivan (3). Pueblos civilizados: cultivadlos. Felices esclavos: les debéis ese gusto delicado y fino de que os preciais, esa dulzura de carácter y esa urbanidad de costumbres que hacen entre vosotros las relaciones tan íntimas y tan fáciles, en una palabra, las apariencias de todas las virtudes sin tener ninguna.

Por esta clase de civilización, tanto más amable cuanto menos gusta de mostrarse, fué por lo que

se distinguieron en otro tiempo Atenas y Roma, en los días tan alabados de su magnificencia y de su brillo, y por ella sin duda es por lo que nuestro siglo y nuestra nación la llevaron sobre todos los tiempos y sobre todos los pueblos. Un tono filosófico sin pedantería, maneras naturales y sin embargo, corteses, equidistantes de la rusticidad tudesca y de la pantomima ultramontana: he aquí los frutos del gusto adquirido por buenos estudios y perfeccionado en el comercio del mundo.

¡Qué dulce sería vivir entre nosotros, si el continente exterior fuese siempre la imagen de las disposiciones del corazón, si la decencia fuera la virtud, si nuestras máximas teóricas nos sirviesen de regla de conducta, si la verdadera filosofía fuera inseparable del título de filósofo! Pero tantas cualidades rara vez van juntas y la virtud casi nunca anda con tanta pompa. La riqueza del adorno puede anunciar á un hombre opulento y su elegancia á un hombre de gusto; el hombre puro y robusto se reconoce en otras señales: bajo el traje rústico del labrador, y no bajo el dorado del cortesano, es donde se encontrará la fuerza y el vigor del cuerpo. El adorno no es menos extraño á la virtud, que consiste en la fuerza y el vigor del alma. El hombre bueno es un atleta que se complace en combatir desnudo, despreciando todos esos viles adornos que le molestarían en el empleo de sus fuerzas y la mayoría de los cuales sólo han sido inventados para ocultar alguna deformidad.

Antes que el arte hubiese hecho sutiles nuestras maneras y enseñado á nuestras pasiones á hablar en lenguaje bien aderezado, nuestras cos-

tumbres eran rústicas, pero naturales, y la diferencia de los procedimientos anunciaba al primer golpe de vista la de los caracteres. En el fondo, la naturaleza humana no era mejor, pero los hombres encontraban su seguridad en la facilidad de penetrarse recíprocamente, y esta ventaja, cuyo precio nosotros no sentimos, les ahorraba muchos vicios.

Hoy, que investigaciones más delicadas y un gusto más fino han reducido el arte de agradar á principios, reina en nuestras costumbres una vil y engañosa uniformidad, y todos los espíritus parece que han sido vaciados en un mismo molde; sin cesar la cortesía exige, el decoro ordena; sin cesar se siguen usos, nunca el genio propio. Nadie se atreve á parecer tal como es, y en esta violencia perpetua los hombres que forman el rebaño llamado sociedad, colocados en las mismas circunstancias, harán todos las mismas cosas, si motivos más poderosos no se lo impiden. No se sabe, pues, nunca lo que se tiene que hacer, siendo preciso para conocer al amigo esperar las grandes ocasiones, es decir, esperar á que no lo sea más tiempo, puesto que en esas ocasiones es cuando hubiera sido esencial conocerlo.

¡Qué cortejo de vicios no acompañan á esta incertidumbre! No más amistades sinceras, no más estimación real, no más confianza fundada. Las sospechas, los temores, la frialdad, la reserva, el odio, la traición, se ocultan sin cesar bajo este velo uniforme y pérfido de la civilización, bajo esta urbanidad tan alabada que debemos á las luces de nuestro siglo. No se profana con juramentos el

nombre del autor del universo, pero se le insulta con blasfemias. sin que nuestros escrupulosos oídos se ofendan. No se alaba el mérito propio, pero se rebaja el ageno. No se ultraja groseramente al enemigo, pero se le calumnia con destreza. Los odios nacionales se extinguen, pero extinguiéndose á la vez el amor de la patria. A la ignorancia despreciada se la substituye por un peligroso pirronismo. Existen excesos proscritos, vicios deshonorosos, pero otros aparecen adornados con el nombre de virtudes, y hay que tenerlos ó afectarlos. Alabe quien quiera la sobriedad de los sabios del tiempo: por mi parte, no veo en ella más que un refinamiento de intemperancia, tan indigna de mi elogio como su artificiosa sencillez (4).

Tal es la pureza que nuestras costumbres han adquirido, y así es como hemos llegado á ser gentes de bien. A las ciencias, á las letras y á las artes es á quien pertenece reivindicar una obra tan beneficiosa. Añadiré solamente una reflexión, y es que un habitante de cualquier comarca lejana, que tratara de formarse una idea de las costumbres europeas, del estado de las ciencias entre nosotros, de la perfección de nuestras artes, de la decencia de nuestros espectáculos, de la urbanidad de nuestras maneras, de la atabilidad de nuestros discursos, de nuestras demostraciones perpetuas de benevolencia y del concurso tumultuoso de hombres de toda edad y de todos estados, que parecen empeñados, desde que el sol nace hasta que se pone, en obligarse recíprocamente, este extranjero, digo, pensaría de nuestras costumbres lo contrario de lo que son.

Donde no hay ningún efecto, no hay causa que buscar; pero aquí el efecto es cierto, la depravación real, y nuestras costumbres se han corrompido á medida que nuestras ciencias y nuestras artes han avanzado hacia la perfección. ¿Se dirá que ésta es una desgracia particular de nuestra edad? No, señores: los males causados por nuestra vana curiosidad son tan viejos como el mundo. El flujo y reflujo diario de las aguas del Océano no han estado más regularmente sujetas al curso del astro que nos ilumina durante la noche, que la suerte de las costumbres y de la probidad al progreso de las ciencias y de las artes. Se ha visto á la virtud huir á medida que su luz se eleva sobre nuestro horizonte, y el mismo fenómeno se ha observado en todos los tiempos y en todos los lugares.

Ved el Egipto, primera escuela del universo, clima tan fértil bajo un cielo tan plúmbeo, comarca celebrada de donde Sesostris partió en otro tiempo para conquistar el orbe. Pues Egipto se convirtió en la madre de la filosofía y de las bellas artes, y muy poco después sobrevino la conquista de Cambises, y más tarde la de los griegos, la de los romanos, la de los árabes y, en fin, la de los turcos.

Ved á Grecia, antes poblada de héroes, que vencieron dos veces al Asia, una delante de Troya y otra en sus propios hogares. Las letras nacientes no habían llevado aún la corrupción á los corazones de sus habitantes; pero el progreso de las artes, la disolución de las costumbres y el yugo del macedonio se siguieron de cerca, y la Grecia, siempre sabia, siempre voluptuosa y siempre es-

clava no experimentó en sus revoluciones más que cambios de dueños. Toda la elocuencia de Demóstenes no pudo reanimar un cuerpo que el lujo y las artes habían enervado.

En tiempo de los Ennio y de los Terencio, Roma, fundada por un pastor é ilustrada por labradores, comenzó á degenerar. Pero después de los Ovidio, los Cátulo, los Marcial y toda la multitud de autores obscenos, cuyos solos nombres alarman el pudor, Roma, en otro tiempo templo de la virtud, se convirtió en teatro del crimen, oprobio de las naciones y juguete de los bárbaros. Aquella capital del mundo cayó al fin bajo el yugo que había impuesto á tantos pueblos, y el día de su caída fue la víspera del en que se dió á uno de sus ciudadanos el título de árbitro del buen gusto (5).

¿Qué diré de esa metrópoli del Imperio de Oriente (que por su posición parecía debía serlo del mundo entero), de ese asilo de las ciencias y de artes, proscritas del resto de Europa, más tal vez por sabiduría que por barbarie? Todo lo que el desorden y la corrupción tienen de más vergonzoso, las traiciones, los asesinatos y los venenos, el concurso de los crímenes más atroces: he aquí lo que forma el tejido de la historia de Constantino-pla: he aquí el origen puro de donde han emanado las luces de que nuestro siglo se glorifica.

¿A qué buscar en tiempos pasados las pruebas de una verdad de que tenemos antes nuestra vista testimonios subsistentes? Hay en Asia una comarca inmensa donde las letras conducen á las primeras dignidades del Estado. Si las ciencias purifica-

sen las costumbres, si enseñasen á los hombres á derramar su sangre por la patria, si animasen el valor, los pueblos de China deberían ser sabios, libres é invencibles. Pero si no hay vicio que no les domine ni crimen que no les sea familiar, y si ni la ilustración de los ministros, ni la supuesta filosofía de las leyes, ni la multitud de los habitantes de tan vasto Imperio han podido librarle del yugo del tártaro ignorante y grosero, ¿de qué le han servido todos sus sabios? ¿Qué fruto ha sacado de los honores de que ha colmado á los últimos? ¿Acaso el fruto de estar poblado de esclavos y de perversos?

Opongamos á estos cuadros el de las costumbres del pequeño número de pueblos que, preservados del contagio de los vanos conocimientos, han logrado, por obra de sus virtudes, su propia felicidad y sido el ejemplo de las otras naciones. Tales fueron los primeros persas, nación singular en la que se enseñaba la virtud como entre nosotros se enseña la ciencia, y que subyugó el Asia con tanta facilidad, habiendo alcanzado la gloria de que la historia de sus instituciones haya pasado por una novela de filosofía. Tales fueron los escitas de los que toda la antigüedad nos ha dejado tan magníficos elogios. Tales también los germanos, con motivo y con relación á los cuales una pluma (6) dejó de trazar los crímenes y las negruras de un pueblo instruído, opulento y voluptuoso, para complacerse en pintarnos su sencillez, su inocencia y sus virtudes. Tal había sido la misma Roma en los tiempos de su pobreza y de su ignorancia. Tal, en fin, se mostró hasta nuestros

días esa nación rústica, tan elogiada por su valor, que la adversidad no ha podido abatir, y por su fidelidad, que el ejemplo no ha podido romper (7).

Los pueblos á que me refiero no han preferido otros ejercicios á los del espíritu por estupidez; no han ignorado que en otras comarcas hombres ociosos pasaban su vida en disputar sobre el soberano bien, sobre el vicio y sobre la virtud, y que orgullosos razonadores, dirigiéndose los mayores elogios á sí mismos, confundían á los demás pueblos bajo el nombre despreciativo de bárbaros; pero han considerado sus costumbres y han aprendido á desdeñar su doctrina (8).

¿Olvidaremos que fué en el seno mismo de Grecia donde se vió levantarse aquella ciudad, tan célebre por su feliz ignorancia como por la sabiduría de sus leyes, aquella república de semidioses más bien que de hombres, tan superiores parecían sus virtudes á la humanidad? ¡Oh, Esparta, oprobio eterno de una vana doctrina! ¡Mientras que los vicios traídos por las bellas artes se introducían en Atenas, mientras que un tirano reunía en ella con tanto cuidado las obras del príncipe de los poetas, tú arrojabas de tus muros á las artes y á los artistas, á las ciencias y á los sabios!

El acontecimiento señaló esta diferencia. Atenas se convirtió en la morada de la civilización y del buen gusto, en el país de los oradores y de los filósofos: la elegancia de los edificios respondía en ella á la del lenguaje: por todas partes se veía el mármol y el lienzo animados por las manos de los maestros más hábiles. De Atenas salieron aquellas

obras sorprendentes que sirvieron de modelos en todas las edades corrompidas. El cuadro de Lacedemonia es menos brillante. «Allí (decían los otros pueblos) los hombres nacen virtuosos, y el aire mismo del país parece inspirar la virtud.» No nos queda de sus habitantes más que la memoria de sus acciones heroicas; pero tales monumentos ¿valdrán menos para nosotros que los mármoles curiosos que Atenas nos ha dejado?

Es cierto que algunos sabios han resistido al torrente general y se han librado del vicio en la morada de las musas. Empero atendamos al juicio que el primero y el más desgraciado de ellos emitió sobre los sabios y de los artistas de su tiempo en general.

«He examinado (dice) á los poetas, y los miro como gentes cuyo talento se impone á sí mismos y á los demás, que se tienen por sabios y se toman por tales, y que son todo lo contrario á ello.» «De los poetas (continúa Sócrates) he pasado á los artistas. Nadie era más profano en artes que yo, y nadie, empero, estaba más convencido que yo de que los artistas poseen hermosos secretos. Sin embargo, he observado que su condición no es mejor que la de los poetas, y que unos y otros viven en el mismo prejuicio. Porque los más hábiles de ellos, por brillar en su especialidad, se miran como los más sabios de los hombres. Esta presunción ha empañado todo su mérito, á mis ojos, de suerte que, poniéndome en el lugar del oráculo y preguntándome qué me gustaría más ser, si lo que soy ó lo que ellos son, saber lo que ellos han aprendido ó saber que no sé nada, he respon-

dido á mí mismo y al dios: Quiero quedar lo que soy.» Y concluye así: «Ni los sofistas, ni los poetas, ni los oradores, ni los artistas, ni yo sabemos lo que es bello, verdadero y bueno; pero hay entre nosotros una diferencia, y es que ellos, aunque no sepan nada, creen saber algo, mientras que yo, si nada sé, al menos no dudo de que no sé nada. De suerte que toda esta superioridad de sabiduría que me concede el oráculo se reduce simplemente á estar bien convencido de que ignoro lo que no sé.»

¡He aquí, pues, el más sabio de los hombres á juicio de los dioses y el más sabio de los atenienses en sentir de Grecia entera, Sócrates, haciendo el elogio de la ignorancia! ¿Creéis que si resucitase ahora, nuestros sabios y nuestros artistas, le harían cambiar de opinión? No, señores: aquel hombre justo continuaría despreciando nuestras vanas ciencias y no ayudaría á engrosar esa multitud de libros en que se nos inunda por todas partes, ni dejaría, como hizo, por todo precepto á sus discípulos y á nuestros descendientes, otra cosa que el ejemplo y la memoria de su virtud. Así es como resulta hermoso instruir á los hombres.

Sócrates había comenzado en Atenas, y el viejo Catón continuó en Roma, la protesta contra aquellos griegos artificiosos y sutiles que corrompían la virtud y debilitaban el valor de sus conciudadanos. Pero las ciencias, las artes y la dialéctica prevalecieron aún. Roma se llenó de filósofos y de oradores, se descuidó la disciplina militar, se despreció la agricultura, se abrazaron sectas y se olvidó á la patria. A los nombres sa-

grados de libertad, de desinterés y de obediencia á las leyes, sucedieron los nombres de Epicuro, de Zenón, de Arcesilao. «Desde que los sabios han comenzado á aparecer entre nosotros (decían sus propios filósofos) las gentes buenas están eclipsadas» (9). Hasta entonces los romanos se habían contentado con practicar la virtud; todo se perdió cuando comenzaron á estudiarla.

Oh, Fabricio ¿qué hubiese pensado tu grande alma si por tu desdicha hubieses vuelto á la vida y hubieses visto la faz pomposa de aquella Roma salvada por tu brazo é ilustrada por tu nombre respetable más que por todas sus conquistas? «Dioses, hubieses dicho: ¿qué se hizo de aquéllos tejados de paja y aquéllos hogares rústicos donde habitaban en otro tiempo la moderación y la virtud? ¿Qué esplendor funesto ha sucedido á la sencillez romana? ¿Qué es este extraño lenguaje que oigo? ¿Qué son estas costumbres afeminadas? ¿Qué significan estas estatuas, estos cuadros, estos edificios? Insentatos, ¿qué habéis hecho? ¡Vosotros, los dueños de las naciones, os habéis hecho esclavos de los hombres frívolos á quienes habéis vencido! ¡Son los retóricos quienes os gobiernan! ¡Para enriquecer á los arquitectos, á los pintores, á los escultores y á los histriones, es para lo que habéis derramado vuestra sangre en Grecia y en Asia! ¡Los despojos de Cartago son presa de un flautista! Romanos, derribad esos anfiteatros, destrozad esos mármoles, quemad esos cuadros, expulsad á esos esclavos que os subyugan y cuyas funestas artes os corrompen. Ilústrense otras manos por vanos talentos: el único talento digno de Roma es

el de conquistar el mundo y de hacer reinar en él la virtud. Cuando Cineas tomó nuestro Senado por una asamblea de reyes, no fué porque le desvaneciese una pompa vana ni una elegancia rebuscada; no oyó, cabe su recinto, los tonos de esa elocuencia frívola, que constituye el estudio y el encanto de los hombres fútiles. ¿Qué vió, pues, Cineas de majestuoso? ¡Oh ciudadanos: vió un espectáculo que no ofrecerán jamás vuestras riquezas ni todas vuestras artes, el más hermoso espectáculo que jamás haya aparecido bajo el cielo: la asamblea de doscientos hombres virtuosos, dignos de mandar á Roma y de gobernar la tierra!»

Pero franqueemos la distancia de los lugares y de los tiempos, y veamos lo que ha pasado en nuestras comarcas y ante nuestra vista, ó mejor aún, evitemos pinturas odiosas que herirían nuestra delicadeza y ahorráremos el trabajo de repetir las mismas cosas bajo otros nombres. No en vano evoqué los manes de Fabricio; pues ¿qué hice decir á este grande hombre que no hubiese podido poner en boca de Luis XII ó de Enrique IV? Es cierto que entre nosotros Sócrates no hubiera bebido la cicuta, pero hubiera bebido en una copa aún más amarga la burla insultante y un desprecio peor cien veces que la muerte.

He aquí como el lujo, la disolución y la esclavitud han sido en todo tiempo el castigo de los esfuerzos orgullosos que hemos hecho para salir de la feliz ignorancia en que la sabiduría eterna nos había puesto. El velo espeso con que ha cubierto todas sus operaciones parece advertirnos suficientemente que no nos ha destinado á inves-

tigaciones vanas. Pero ¿hay alguna de sus lecciones de que hayamos sabido aprovecharnos ó que no hayamos descuidado impunemente? Pueblos: sabed, una vez más, que la naturaleza ha querido preservaros de la ciencia, como una madre arranca un arma peligrosa de las manos de su hijo; que todos los secretos que os oculta son otros tantos males de que os libra, y que el trabajo que encontráis en instruiros no es el menor de sus beneficios. Los hombres son perversos, y serían peores aún si tuvieran la desgracia de nacer sabios.

¡Que humillantes son estas reflexiones para la humanidad! ¡Qué castigado queda con ellas nuestro orgullo! Ahora bien: la probidad ¿será hija de la ignorancia? La ciencia y la virtud ¿serán incompatibles? ¿No podrían sacarse funestas consecuencias de prejuicios semejantes? Para conciliar estas contradicciones aparentes, hay que examinar de cerca la vanidad de los títulos orgullosos que nos desvanecen y que nos dan tan gratuitamente los conocimientos humanos. Consideremos, pues, las ciencias y las artes en sí mismas, veamos lo que debe resultar de su progreso y no titubemos en confesar nuestra decepción en todos los puntos en que nuestros razonamientos se hallen de acuerdo con las inducciones históricas.

## SEGUNDA PARTE

Según antigua tradición, que de Egipto pasó á Grecia, el inventor de las ciencias había sido un dios enemigo del reposo (10). ¿Qué opinión era preciso que tuviesen de las ciencias los egipcios, entre quienes las ciencias habían tenido comienzo? Sin duda, los egipcios pensaban así porque habían visto de cerca las fuentes de que las ciencias habían manado. En efecto: sea que se hojeen los anales del mundo, sea que se suplan crónicas inciertas por investigaciones filosóficas, no se encontrarán en los conocimientos humanos un origen que responda á la idea que gustamos formar de ellos. La astronomía nació de la superstición; la elocuencia, de la ambición, del odio, de la adulación, de la mentira; la geometría, de la avaricia; la física, de una vana curiosidad; todas y la moral misma, del humano orgullo. Las ciencias y las artes deben, pues, su origen á nuestros vicios, y dudáramos menos de sus ventajas si las debiésemos á nuestras virtudes.

Y el defecto de su origen resalta no menos claramente en los objetos á que están destinadas. ¿Qué haríamos de las artes sin el lujo que las alimenta? ¿De qué serviría la jurisprudencia sin las injusticias de los hombres? ¿A qué se se reduciría